

**Mario Osses**

## Noticiario

“HIJO DEL SALITRE”, de *Volodia Teitelboim*, Editora Austral, 1952

Se trata de una biografía novelada del caudillo Elías Lafertte.

Nos pareció siempre difícil toda consecución literaria político-social, pero una cuyo protagonista vive y es no sólo discutido sino zarrandeado por algunos, linda con lo difícilísimo. Agreguemos que el asunto culmina con la famosa huelga del salitre y la masacre de varios miles de obreros en 1907, y ya empezaremos a explicarnos por qué plumas tan avezadas como la del propio Baldomero Lillo lo dejaron pasar en blanco.

Si Volodia hubiera puesto énfasis doctrinario o hubiese elevado a Lafertte a la categoría de héroe, “Hijo del Salitre” contara entre los innumerables buenos deseos que fracasan. Segura técnica de escritor y pericia humana lo condujeron a eludir la propaganda directa y a tratar al personaje biografiado tan en escorzo que lo devoran el volumen de grandes masas y la soterraña figura de Recabarren poderosa hasta cuando se la presiente.

Lafertte es hombre como todos, con las mismas etapas de desarrollo en que apuntan infancia, adolescencia, madurez. De condición humilde y duramente asendereada en oficios salitreros, no ofrece nada de extraordinario, y se equivocaría quien buscase en el cau-

dillo arrestos heroicos o rasgos de mesianismo que anticipen al actual luchador; Volodia ha desplegado el tino de presentárnoslo en sus vacilaciones y tanteos hasta el comienzo tan sólo insinuado de su carrera política, bajo los auspicios de Recabarren.

Clásico en la composición y el estilo, este libro marida a la simplicidad y unidad del plan, el procedimiento sobrio, escueto y sereno que le permiten sortilegio de energía y buen gusto, raros absolutamente en literaturas intencionadas y de vanguardia.

Consta de cuatro grandes capítulos, que constituyen climax o gradación dramática: *La áspera Mañana*, *Vamos al Puerto*, *Sábado Negro* y *El Canto de la Pampa*.

*La áspera Mañana* describe los distintos trabajos en las oficinas salitreras y destaca algunas personalidades que acusan la reciedumbre de la pampa. Lo hace con el lenguaje que conviene, ceñido y fuerte. Poderosa es la estampa del derripiador que en la pala deja impresa la mano y los desuellan las temperaturas de los cachuchos, en tanto que es fina y densa la evocación melancólica de esos pueblecitos antaño de riqueza minera y hogaño pobres, de flujo retenido, como coagulaciones de tiempo.

Asimismo deben señalarse por lo pintorescas las fiestas filarmónicas en que Elías obtiene sus éxitos de novel actor en conjuntos de obreros aficionados, y la dulce recompensa de doncel amador con hembra que se hace "arrebataudamente presente". Nada tienen que envidiar estas escenas a las sabrosísimas de "Martín Rivas", en el medio pelo inefable de la familia y amistades de doña Bernardo Cordero.

"Vamos al Puerto" dice el *Canto de la Pampa* escrito por el panificador Francisco Pezoa después de la masacre. Así habrían exclamado las decenas de millares de salitreros chilenos, argentinos, peruanos y bolivianos que desde el este, el norte y el sur de Iquique, de la cordillera al mar, llegan en demanda de la justicia anhelada por Balmaceda y Recabarren, varones patriotas.

El movimiento de las masas a través de la pampa inhóspita se halla sabiamente trazado. Son incesantes acumulaciones, paladas mo-

nótonas e intensas de hombres, mujeres y niños en patética solidaridad. Las pobladas van gritando con emoción orgullosa las oficinas en que trabajan: San Lorenzo, La Noria, Buen Retiro, Huara...

Al hilo del diálogo se tejen opiniones sobre la expoliación de los obreros por las compañías extranjeras que pagan en moneda depreciada, instauran pulperías y compran a nacionales inescrupulosos a precios que les resultan halagadoramente bajos. El tono asordinado, inteligente, que presta el autor a las legítimas protestas de los pampinos, constituye tanto como el repugnante perfil de patronos, con trazas de encomenderos, a ganar la voluntad de los lectores tibios o suspicaces.

La acción hace crisis en *Sábado Negro*, día de la matanza de cuatro mil pampinos descrita con imperturbable vigor, con seco laconismo, sin cacareos. Volodia sabe apagar las llamas y aventar el humo; prefiere la brasa enérgica, en reposada nitidez; por eso, ni predica ni estigmatiza: convence. Para ello presenta y acumula infatigable la causa de los esquilmados trabajadores junto con la inopia moral y la estulticia de altos funcionarios que deberían humana y patrióticamente defenderlos. Entre los retratos sobresale más de uno que es un sarcasmo de quilates.

En *El Canto de la Pampa* comienza a iluminarse la conciencia gremial de los trabajadores del salitre, entre los cuales destella Lafertte, hombre que va templándose con dificultades. Como en Fuenteovejuna, el personaje de "Hijo del Salitre" lo constituye en sustancia el pueblo, y así lo subraya el último capítulo, que viene a ser una glosa de la composición de Francisco Pezoa, emotiva y firme de textura.

La biografía novelada que nos entrega Teitelboim es obra de trascendente calidad, y tendrá que recordársela entre las grandes de promoción social al estilo de las novelas "Raza de Bronce", "El Mundo es Ancho y Ajeno", "Huasipungo" o "Ranquil". Ciertamente se la puede acusar de seca por quienes persiguen sólo deleite en la lectura, pero es más verdadero aún, que "Hijo del Salitre" supone

extraordinarias condiciones de estudio, experiencia y talento que hacen de su creador otro de los grandes en la literatura chilena.

“LA LUZ VIENE DEL MAR”, de *Nicomedes Guzmán*, Ediciones Aconcagua, 1951

Novela de intermitente lirismo, revela su poesía fundamental en la división en “climas” y partes con denominaciones metafóricas: *Los Mástiles del Día*, *Las Anclas de la Noche*, *El Mar Arrodillado*.

Interesante caso de conceptismo barroco. Los capítulos repiten sus nombres cada vez que un asunto o algunos personajes inciden en la trama. Si es *En la Brecha*, trátase de las reivindicaciones que los obreros del salitre persiguen briosamente; cuando el título es *Virginia y su Mundo*, asistimos al desenvolvimiento de la personalidad de una adolescente, desconcertada por el tumulto del sexo. Otros motivos son *Medalla Oriental*, que acuña psicología de chinos. *Los Cinco Jazmines del Huacho Fieroga*, estampa recia de un roto. *La Ternura Terrible*, donde la sensualidad se desata trágicamente.

Creemos que Nicomedes Guzmán ha logrado su objetivo, el de producir “climas”, y aquí finca el mérito del libro.

Desde luego, ¿qué significa “La Luz Viene del Mar?” Hay gentes que aguardan explicaciones, personas que aun penan por saber a qué obedece, pongamos por acaso, el nombre de “La Luna y Seis Peniques”. Y así como podríamos contestarles qué significa ideal a trueque de miseria, nos atreveríamos a sugerirle que en el ámbito de exaltaciones iquiqueñas de nuestro libro donde la pampa consume oscuramente las energías, la claridad sólo viene del océano.

Porque, en efecto, las temperaturas o climas psíquicos de la obra no disfrutan de convención notarial, y antes desconciertan al sesudo doctor que ha comenzado por ahorrar el conocimiento de la tumultuosa fauna dostoienskiana.

En esta orquestación o sinfonía de tierra y caracteres, sobresale en primer término la persistencia melódica de las estructuras, y en